

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**AVENTURAS MISIONERAS
DE FRAY PEDRO FARDÉ Y
SAN FRANCISCO SOLANO**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

AVENTURAS DE FRAY PEDRO FARDÉ

Tomado como esclavo.

Apóstol y constructor.

Pago del rescate.

Viaje en solitario.

La caravana.

Salvado del naufragio.

Solo en un islote.

Orando y alabando a Dios.

El barco corsario.

Liberado.

En su patria.

SAN FRANCISCO SOLANO

El viaje a América.

El naufragio.

Algunos milagros.

BIBLIOGRAFÍA

AVENTURAS DE FRAY PEDRO FARDÉ

TOMADO COMO ESCLAVO

El padre Servais escribió una obra titulada *Aventures de Fr. Pierre Fardé*, 1878, traducida por Civezza en su *Storia universale delle missioni francescane*, vol VII, parte IV pp. 445-502 y que fue publicada por la revista *Le missioni francescane dei frati minori*. En esta obra se habla de las aventuras a través de África del hermano lego franciscano Pedro Fardé. El autor Servais Dirks tuvo como fuente original las cartas que el mismo fray Pedro Fardé escribió y también de otras cartas escritas por sus compañeros de navegación, convertidos por él al catolicismo.

Pedro Fardé era un simple lego franciscano, no sacerdote, natural de Gante en Bélgica. Había pasado dos años en el convento del Santo Sepulcro de Jerusalén, de donde volvió a su tierra comisionado por sus Superiores a recoger limosnas para el rescate de los cristianos esclavos de los musulmanes de Palestina. Después volvió a Jerusalén en 1686 con una buena cantidad de dinero. Iba acompañado de cinco jóvenes católicos, tres gentiles hombres ingleses y dos muchachos de familias ricas de Ámsterdam, con la intención de visitar los Santos Lugares de Jerusalén. En la nave *Caridad*, en la que se embarcaron hacia Palestina, iban también algunos católicos más, veinte en total.

El barco *Caridad* formaba parte de un convoy de dos naves mercantes escoltadas por una fragata. Durante la travesía, los católicos se reunían bajo la dirección de fray Pedro para hacer sus rezos. Un día, mientras oraban, un grupo de protestantes comenzó a blasfemar y a decir palabras soeces. Fray Pedro se encaró con ellos y empezó a responderles, predicando cosas del Evangelio. De hecho, algunos pasajeros y tripulantes lo escucharon con atención y nueve calvinistas abrazaron la fe católica ante el poder disuasivo de las palabras del hermano franciscano.

El barco había salido de Lisboa en dirección a Jerusalén, pero al pasar por Gibraltar un fuerte viento los obligó a dirigirse a las Canarias. En el camino encontraron una escuadrilla de naves piratas argelinas. Los barcos argelinos eran más ligeros y les cortaron el paso. Era el 10 de agosto de 1686. Los tripulantes y pasajeros se dispusieron para la batalla. Fray Pedro animaba a todos a luchar. Por ambas partes había muertos y heridos. Era una lucha desigual y fray Pedro fue herido por una astilla que se le clavó en la carne junto a la espina dorsal. Como no era grave, seguía consolando a todos y animándolos a la defensa. Todo parecía perdido, pero felizmente al atardecer, vino una terrible tempestad que dispersó a los barcos y huyeron los piratas.

Al calmarse la tempestad, los de *Caridad* no vieron más a los otros dos barcos y observaron que se encontraban entre las Canarias y las Azores. La nave estaba destrozada, sin jarcias ni velas, sin arboladura y solo le quedaba el trinquete. Vieron que habían muerto 23 de los pasajeros en el combate y, a falta de sacerdote, el hermano Pedro dirigió una oración por los difuntos. Con dificultad llegaron a la isla de San Miguel el 13 de agosto. Tuvieron que reparar el barco hasta que pudo salir de la isla de San Miguel el 10 de octubre.

El hermano Pedro no estuvo ocioso, a pesar de que no podía caminar bien por la herida que había recibido, pero se hizo llevar donde los marineros en los momentos de la comida para poder explicarles la doctrina católica. Y fue tan clara y poderosa su explicación que se convirtieron todos aquellos herejes. Sin embargo, entre los convertidos había cinco menonitas, que tuvieron que ser evangelizados un poco más para que se bautizaran, cuando todos eran ya católicos. Fray Pedro, con el permiso del capitán, aconsejó que todos los días en el barco pudieran rezar en la mañana y en la noche algunas oraciones y se cantaran algunos salmos a la hora de comer y que hubiera dos pláticas diarias, dadas por el mismo hermano lego. Esto mientras durara la travesía hacia Jerusalén, que era adonde se dirigían.

Pero su dicha duró poco. El 19 de octubre apareció una galera argelina. Se dispusieron al combate. Pero esta vez todo se perdió. La nave *Caridad* empezó a arder y las llamas se acercaban al depósito de pólvora, tuvieron que echarse todos al mar. A los pocos momentos se oyó una terrible explosión. Fray Pedro también se echó al agua y trataba de reconfortar a todos. Por su parte los piratas trataron de cazarlos uno por uno, pensando en venderlos después como esclavos. Eran 37 los cazados. Los ataron con cadenas de dos en dos y los echaron al fondo de la bodega en completa oscuridad y los llevaron al puerto de Bona, en la costa norteafricana de Berbería.

Fray Pedro animaba a todos y los hacía rezar y confiar en Dios. Al llegar a Bona fueron vendidos. Fray Pedro y Daniel Van Breukel fueron vendidos por 150 rixdalers cada uno a un moro muy rico de nombre Soura Belyn. Terminada la compra, fueron vestidos con la indumentaria distintiva.

APÓSTOL Y CONSTRUCTOR

El moro Soura-Belyn también él había sido esclavo en Livorno (Italia) y sabía *por experiencia lo que es la esclavitud. Dotado, además, de corazón noble y generoso, cuando la caravana se puso en marcha hacia el desierto, se acercó afablemente a sus esclavos. Fue grande su alegría al advertir que Fr. Pedro hablaba un poco el árabe; así como él, por otra parte, manejaba con soltura el italiano, aprendido en Livorno. Profundamente admirado de la heroica resignación del fraile, gustaba mucho de hablar con él durante el largo viaje.*

Y en esta forma llegaron a Targa, ciudad situada en la extremidad oriental del gran Sahara, donde la caravana hizo un alto de varios días. Aquí se encontró Fr. Pedro con un esclavo holandés, natural de Sardam, que le explicó la manera como mantenía correspondencia con sus familiares de Holanda y se le ofreció a hacer llegar sus cartas a donde quisiera. Así fue que el fraile escribió a sus hermanas de Gante unas breves líneas, fechadas el 27 de noviembre, que ellas recibieron el 6 de julio del año siguiente. Sobresale en ellas su inquebrantable y perfecta alegría franciscana.

Decía: “Tengo mil razones para dar gracias a Dios por todo lo que me ha ocurrido. El nombre de Jesucristo debe ser bendecido por todos los pueblos en todos los siglos. Yo le pido todos los días, y le pediré mientras viva, que me conceda la gracia de sufrir mucho en expiación de mis pecados, que son grandes y numerosos; pues es mejor sufrir en el tiempo que en la eternidad. Os saludo de todo corazón. Rogad por mí y alcanzadme del Señor que le ame a Él solo, que le ame sobre todas las cosas y que ame a mi prójimo como a mí mismo, ya que en eso está la síntesis de la ley y de los profetas”.

Esta carta no llegó hasta julio de 1687. Pero ya tenían en Holanda noticias de la desgracia de fray Pedro desde el mes de marzo. El cirujano y el timonel de “Caridad” habían escrito desde Malta, donde se encontraban libres, después de un breve cautiverio gracias a la generosidad del amo que les había tocado, el cual dispuso en su testamento que se concediera la libertad a todos sus esclavos. Y el Ministro Provincial de Flandes, Rdo. P. Bonifacio Maes, en cuanto se enteró del caso, dirigió una circular a todos los conventos para que rogaran por el hermano fray Pedro, esclavo de los moros.

Emprendieron el viaje en caravana por el desierto y llegaron a Agadés el 14 de diciembre de 1686. El patrón manifestó su deseo de tener un palacio como aquellos que, siendo esclavo en Livorno (Italia), había visto. Fray Pedro, que sabía de construcciones, le dijo que él estaba dispuesto a construirse. El rico

moro le aseguró: *Si me construyes mi palacio, te prometo darte libertad o 200 rixdalers.* Fray Pedro le dijo: *Querido amo, soy vuestro esclavo. No quiero dinero. Mas puesto que os manifestáis tan generoso, me atrevo a suplicaros que si llego a construir un palacio a vuestro gusto nos concedáis la libertad a los dos, a mí y a mi pobre compañero.*

—*A decir verdad, también yo fui esclavo —responde el moro profundamente conmovido—. Pero nunca vi que un esclavo solicitara la libertad de otro antes de haberla obtenido para sí. Levantaos, os prometo concederos lo que pedís.*

Las obras comenzaron el 2 de febrero de 1687. A las órdenes de fray Pedro trabajaba una verdadera tropa de obreros cristianos, judíos y negros, esclavos de Soura-Belyn y de un hermano suyo. Con un ritmo vertiginoso progresaban las obras y... también la obra del Evangelio. Porque el fraile, prevaleciendo de su cargo de arquitecto y director y de la benevolencia del amo, predicaba a los obreros las excelencias de nuestra Religión, llegando a convertir al cabo de tres o cuatro semanas más de 200 judíos y negros, que pedían con insistencia el bautismo.

Pero la conquista más notable y sorprendente fue la conversión de su mismo amo Soura-Belyn, que quiso ser bautizado con sus esclavos, aunque por entonces todo debía permanecer en secreto para evitar la pena de muerte, que se aplica con todo rigor a los musulmanes convertidos.

Sin embargo, el apostolado del fraile no podía pasar adelante sin el sello de la persecución. Entre los esclavos del hermano de Soura-Belyn hallábase un francés, Luis Delaplace, hugonote rabioso, que no podía sufrir el ascendiente de fray Pedro sobre su señor y sobre los esclavos. Para perder al fraile, trató primero de ganar su confianza y convertirlo al calvinismo.

A fray Pedro no le fue difícil refutar los sofismas del hugonote, el cual, reducido a silencio, se retiró lleno de despecho. Pero Delaplace no desistió de sus maquiavélicos planes. Uniéndose con algunos judíos, furiosos por la conversión de sus correligionarios, y fingiendo querer convertirse pidieron a Fr. Pedro que los instruyera en los dogmas de la verdadera Religión. Al poco tiempo se presentó Delaplace ante el Cadí, llevando consigo como testigos a los judíos conjurados, y acusó al esclavo de Soura-Belyn de predicar públicamente el Cristianismo y de haber seducido ya a muchos esclavos de diferentes nacionalidades. Y para dar más fuerza a su acusación, aquellos miserables abjuraron de su propia religión y abrazaron el islamismo: se hicieron “renegados”. ¡Gracias que los acusadores, aunque muy suspicaces, no estaban enterados de todo! ¡Si hubieran sabido que también Soura-Belyn era cristiano!

El Cadí mandó arrestar inmediatamente al fraile, que confesó intrépidamente la fe ante el tribunal mahometano, sin dejarse intimidar por amenazas ni tormentos, aunque tuvo que sufrir entonces mismo la pena de cien fuertes vergajazos aplicados a las plantas de los pies.

A la mañana siguiente fue sometido a nuevo interrogatorio, intimidándosele, bajo las más graves amenazas, que se retractara públicamente de su predicación y repudiara la Religión de Cristo.

—Jamás renunciaré a mi fe—, repetía fray Pedro.

El Cadí dispuso que se le sujetara, con los brazos extendidos, sobre una especie de horca, apoyada en un andamio ambulante, y que se le colgaran de los pies dos pesos de 130 libras. Y que en esta forma, para escarmiento de todos, fuera paseado por la ciudad, recibiendo constantemente en todo su cuerpo, excepto la cabeza y los brazos, ininterrumpidos golpes de vara, a cargo de dos verdugos.

Al terminar la bárbara “procesión”, el pobre fraile estaba convertido en una llaga de pies a cabeza, de modo que, al ser desatado del patíbulo, cayó desvanecido, suspirando débilmente:

—¡Jesús, Jesús, Salvador mío!

Echado en una oscura mazmorra, no logró salir de allí hasta pasados cinco días. Su amo Soura-Belyn sintió vivamente la desgracia de fray Pedro; pero conociendo bien a los de la fe musulmana, no se atrevió a presentar con demasiada urgencia sus demandas. Se trataba de un esclavo de su propiedad, pero las autoridades no estaban dispuestas a devolvérselo a no ser que pagara su rescate por 300 rixdalers, que después rebajaron a 200. En adelante fray Pedro, aunque pudo permanecer en Agadés hasta terminar el palacio, pasaba los días encerrado en una mazmorra rigurosamente vigilado por el renegado Delaplace, a quien el Cadí le había encomendado su custodia y él, sin poder hablar a nadie de su fe, pues estaba en proceso de curación de los golpes y heridas recibidas. El pobre fraile metido a arquitecto y apóstol sufría mucho. Al volver a dirigir las obras ya curado, se encontró con que faltaba su fiel compañero Daniel Van Breukel, que había muerto por los calores tropicales y las grandes fatigas.

Pasó el tiempo. El palacio estaba a punto de terminarse y Soura Belyn le había prometido la libertad, pero antes tuvo que pagar para recuperarlo 200 Rixdalers al Cadí. Y Soura le dijo a fray Pedro: *Si quieres ser libre, tendrás que pagarme el rescate de estos 200 rixdalers.*

PAGO DEL RESCATE

Fray Pedro, después de consultar el caso con Dios, decidió a escribir al señor Fardé, de Gante, y al cura de Wondelghem, que eran sus hermanos, si estaban dispuestos a dar, según el ofrecimiento que le habían hecho en la última carta, la suma necesaria para el rescate; que en caso contrario, no dudaba que sus hermanos de Religión, los franciscanos recoletos de la Provincia de San José, de Bélgica, recaudarían las limosnas necesarias para su liberación. Antes de mandar la carta habíase puesto en inteligencia, por medio de las caravanas que comerciaban entre el Sudán y la Guinea, con un negociante holandés establecido en San Jorge de Elmina, plaza fuerte holandesa de la costa occidental africana, el cual prometió que en cuanto se depositara la suma requerida en casa de su hermano de Ámsterdam, él la haría pagar inmediatamente en Agadés. Los hermanos Fardé, que no quisieron dejar a cargo de ningún otro el asunto del rescate de su querido hermano fraile, no tardaron en arreglar la cosa con el señor Colck, de Ámsterdam, que así se llamaba el negociante, y el señor Colck, de Elmina, hizo pagar en Agadés los 200 rixdalers el 29 de abril de 1688.

Pero sucedió algo totalmente inesperado: un fuerte terremoto vino a asolar el lugar donde estaba. Muchos edificios se derrumbaron, pero el palacio construido por fray Pedro permaneció en pie, no obstante, pero él tuvo que reparar los desperfectos antes de marchar. Y aprovechó el obligado retraso para confirmar en la fe a Soura Belyn, su patrono, y a otros neófitos a quienes había conseguido convertir últimamente. Entre estos últimos había un judío de Ferrara y dos presos de Rodas, tan fervientes y celosos que hacían proselitismo entre otros esclavos, aunque con la cautela debida por el fanatismo musulmán y la presencia del renegado Delaplace. Entre otros esclavos, encontró a dos sacerdotes italianos. Era a principios de julio de 1688 y Pedro sintió que podía retirarse tranquilamente, pues dejaba el campo a los dos sacerdotes italianos para continuar su obra evangelizadora.

VIAJE EN SOLITARIO

Siguiendo las indicaciones de su amo, decidió, a penetrar en el interior de África. Dos esclavos de Soura-Belyn lo acompañarían hasta la orilla derecha del Níger, y desde allí continuaría sólo su viaje, por el Dahomey, a la Costa de Oro, donde no le sería difícil encontrar la plaza fuerte holandesa de San Jorge de Elmina.

Soura-Belyn lo proveyó como pudo, aunque el fraile no quiso aceptar más arma que un báculo con punta de hierro para defenderse de las fieras. Y salió Fr. Pedro acompañado de los dos esclavos de su amo que lo habían de conducir hasta las riberas del Níger. Mas he aquí que al cabo de la primera jornada, al llegar a Guber, los acompañantes advierten al fraile que ellos no pueden continuar adelante y que prosiga sólo su camino. Es inútil que Pedro insista en suplicarles por favor que cumplan las órdenes de su amo. ¿Cómo iban a tomarse las molestias de un viaje tan penoso por un infiel, por un cristiano? Contento pudo quedar con que no lo despojaran de cuanto llevaba.

El fraile no tiene más remedio que proseguir solo su viaje. No le quedan compañeros ni para ejercitar un poco su celo apostólico. Tiene que caminar siempre hacia el Mediodía, según las indicaciones de Soura-Belyn, que creía hallarse Elmina al sur de Agadés. Sigue, pues, una pista falsa, y quizá por los accidentes geográficos se desvía aún más hacia el Oriente, en vez de dirigirse al Sudoeste. Pero él no sabe que ha errado el camino y marcha animosamente.

Después de dos días de camino no encuentra en su camino persona viviente. Al tercer día llega a una cadena montañosa y comienza la subida mirando siempre hacia el sur. Él nos dice: Al anochecer me eché al pie de un árbol para entregarme al sueño. Pero me desperté sobresaltado a las dos horas. Tenía un miedo terrible. Por todas partes estaba rodeado de fieras que me aturdíán con sus espantosos rugidos. Tan grande fue mi miedo que apretando mi rostro contra el suelo, me encomendé de todo corazón a la misericordia de Dios. Si su voluntad era dejarme perecer, en sus brazos me abandonaba resignado. De lo demás él sabría librarme. Reanimado con la oración, trepé a un árbol fuera del alcance de las fieras que se venían y allí me dormí tranquilamente hasta el amanecer. Proseguí el viaje. Andaba errante en medio de las montañas como una oveja descarriada. A veces me encontraba con animales feroces (leones, leopardos, hienas, chacales), pero ninguno me atacó.

A los cuatro días encontró un camino claramente trazado y hollado por frecuentes caravanas. Este camino no le servía para llegar a su destino. Pero se decidió a seguirlo con la esperanza de encontrar alguna persona y recibir información o hallar algún ramal que se dirigiera hacia el sur. Al atardecer del tercer día, se encontró con cuatro moros que le dirigieron la palabra. Al principio se llenó de gozo, pues hacía siete días desde que le habían abandonado sus dos acompañantes. Los moros hablaban una lengua extraña. Trató de hacerles comprender que se dirigía a Elmina y les repitió varias veces este nombre. Pero lo moros, fingiendo no darse cuenta de lo que decía, comenzaron a despojarlo de todo y le quitaron hasta la misma túnica interior, dejándolo desnudo.

LA CARAVANA

Por fin, un día encontró una caravana de 200 camellos y 50 elefantes, que volvía de la cuenca del Níger al Congo. Durante el día había acampado cerca de allí y ahora al anochecer emprendía la marcha. Pedro no podía caminar de tanto cansancio y se contentó con mirarlos cuando ya estaban cerca de él. Algunos pararon por curiosidad: un blanco desnudo. Y otros siguieron sin detenerse. Al final de la caravana estaba el jefe, que se detuvo a mirarlo. Era un negro de bondadosa fisonomía. Bajó de su cabalgadura y le dirigió unas palabras en portugués. Le contestó fray Pedro en italiano y algo pudieron entenderse. El negro mandó a uno de sus esclavos que limpiara al pobre enfermo, le dio una faja de tela y lo colocó sobre uno de los elefantes menos cargados. Así consiguió dormir plácidamente hasta la mañana siguiente.

Al hacer alto y acampar otra vez la caravana, le dieron un poco de alimento y volvió a dormirse en la tienda del jefe sin despertarse hasta el anochecer, cuando el convoy iba a ponerse otra vez en marcha.

A los diez días, fray Pedro, ya restablecido, se sintió capaz de caminar a pie como los demás. “Yo comprobaba —dice en sus cartas— que este negro observaba una conducta ejemplar y ejecutaba tantas buenas obras como nunca he visto. En sus conversaciones repetía con frecuencia bracmani, señalando con el dedo el Oriente, lo que me hizo suponer que quizá pertenecía a la religión de los bracmanes”.

La caravana tardó todavía unos dos meses, desde que recogió a fray Pedro, en llegar al Congo. Primero el fraile, solo, a pie, caminando de Guber hacia el mediodía, tenía que pasar por las regiones donde ahora se sitúa la ciudad de Sokoto, por Kachena, por el reino de Zegzeg, para perderse en un país deshabitado entre el Chad y el Kuara. Luego la caravana atravesó seguramente los reinos de Biafra y Gabon y la parte occidental de Loango. Fray Pedro Fardé realizaba por el interior de África un recorrido que ningún explorador europeo antes de él hubiera soñado.

Por fin, después de muchas fatigas, comenzó a aparecer allá en lontananza una grande y hermosa ciudad, edificada sobre una altiplanicie, a las orillas de un río, agradablemente rodeada de palmeras y tamariscos. Era Bauza-Congo, capital del reino que los portugueses llamaron San Salvador.

Como el jefe negro de la caravana iba hacia Loanda (Angola) permitió que fray Pedro lo acompañará hasta allí. Al llegar a Loanda tuvo la suerte de encontrar una nave que iba a zarpar hacia San Jorge de Elmina. Se hizo a la mar el 19 de octubre de 1688, surgió un viento contrario y la nave iba en dirección

opuesta. Y se desató una horrible tempestad. Los tripulantes y pasajeros eran 300.

SALVADO DEL NAUFRAGIO

Fue una noche trágica. Hacia las dos de la madrugada, mientras el fraile recitaba sus preces nocturnas, al rumor de los Padrenuestros una ráfaga impetuosa empujó a la nave, derribándola sobre uno de sus flancos; de tal modo, que el viejo piloto negro ya no podía dominar el timón, y la nave, aplastada bajo el peso de su propia arboladura y velamen, fue tragada en un instante por las olas. Tan repentina fue la catástrofe —escribe fray Pedro— que, al salir yo a flote y mirar en torno al fulgor fosforescente de las olas, ya no vi ninguna traza del barco, y me fue imposible comprender por qué extraño accidente había venido a caer en el mar. En esta triste perplejidad, opté por no cansarme nadando y contentarme con sostenerme sobre el agua, como mejor me fuera posible, hasta el amanecer. Recordé que de víspera vi sobre el puente cierta cantidad de tablas sueltas y pedazos amontonados sobre el castillo de proa, por lo cual esperaba ver flotar a la luz del alba sobre el mar algunos de estos maderos sueltos. Durante todo el resto de aquella noche horrible oí lúgubres lamentos, que pedían auxilio en la oscuridad; pero las voces sonaban lejos, demasiado lejos, para poder prestar ayuda a mis desgraciados compañeros.

Al despuntar el día me sacudió un golpe violento, pero saludable; era uno de aquellos grandes maderos a los cuales he hecho alusión. Poco a poco fue decreciendo la intensidad del viento. Yo me agarré al providencial madero, al cual pude añadir aún otros tres pedazos que llegaron al alcance de mi mano; y los até bastante sólidamente entre sí con unas tiras de paño que obtuve desgarrando mi túnica. Y a continuación, tan agotado como estaba, me eché para respirar un poco sobre aquella improvisada frágil balsa. Al recobrar algo las fuerzas me puse a nadar en busca de más tablas para completar mi balsa. Tuve la suerte de reunir hasta veintiún pedazos dispersos. Los dispuse de manera que siete formaban la base; otros siete se cruzaban transversalmente sobre los primeros, y los siete restantes, en un tercer piso, venían a constituir la plataforma sobre la cual iba a navegar mi cuerpo cansado. Pero pronto me di cuenta de haber trabajado inútilmente. Apenas había descansado una hora sobre mi balsa, cuando advertí que ésta, sacudida por las olas, se destrababa rápidamente, encontrándome al fin con las solas cuatro primeras tablas que había atado con las tiras de mi túnica.

Había que buscar cuerdas, y me eché otra vez a nadar con la esperanza de encontrar algo. Iba a volver a mi pequeña balsa, después de dos horas de inútil rebusca, cuando apareció bastante cerca una cuerda hecha de corteza de

árboles —lianas o bejucos—, como suelen usarla los negros, de un dedo de espesor. y de diez brazas de longitud. Di gracias de todo corazón a la divina Providencia por favor tan oportuno, pues si las cuerdas de la nave hundida hubieran sido de cáñamo no hubieran podido quedar a flote. Reanimado con tan precioso hallazgo, até a la cintura un cabo de aquella cuerda y de nuevo me puse a nadar para rebuscar las tablas dispersas que flotaban sobre las ondas. Volví a recogerlas todas y las trabé sólidamente entre sí atándolas con la liana, de modo que quedó terminada en breve una balsa regular. Ahora podía echarme sobre ella y descansar un poco. Ya era hora, pues me encontraba agotado, al término de mis fuerzas.

Dirigíme entonces en espíritu, con plena confianza, al divino piloto, y le pedí de todo corazón me prestara su ayuda para llegar a buen puerto, si bien estaba dispuesto a cumplir siempre y totalmente su santa voluntad... Y en esta forma continué navegando a la deriva, hacia el sudeste, durante tres días y cuatro noches.

SOLO EN UN ISLOTE

Finalmente, un día, unas dos horas antes del alba —continúa la sencilla relación—, mi pequeña balsa vino a dar en un escollo situado al pie de una roca, que se levantaba ante mí, en la penumbra del amanecer, como un faro de salvación.

Lleno de alegría y bendiciendo al buen Dios, me lancé animosamente con las pocas fuerzas que me quedaban... ¡Pobre de mí! No sospechaba yo entonces que aquello no era más que un islote estéril, formado en gran parte de escollos, cuyas crestas se alzaban apenas a flor de agua. Pero en aquel momento creí que ya estaba salvo, completamente persuadido de que las quebradas costas, que ante mí tenía, protegían contra el mar una tierra habitada y cultivada; por lo cual esperaba hallar muy pronto con qué calmar las crueles torturas de un hambre de siete días.

En cuanto amaneció, abandoné mi balsa y trepé con gran dificultad sobre la roca desnuda. Mi primer pensamiento fue buscar algo con qué alimentarme y calmar la sed. Pero sufrí una desilusión amarga: en aquel lugar de desolación no crecía ni la más insignificante hierbecilla, no había ni un hilillo de vegetación. Sólo hallé un pozo de agua corrompida y hedionda, llena de gusanos y de suciedad. A pesar de todo, bebí un poco, no sin sentir algún pequeño alivio. Prosiguiendo mis exploraciones por el islote, comprobé, con espanto indescriptible, que allí no había más que una roca aislada, un escollo perdido en el océano, que medía apenas cuarenta pies de longitud por treinta de anchura.

Mi gran problema era saber cómo conseguiría prolongar mi vida. Era tan grande mi debilidad, que sólo a duras penas podía mantenerme en pie. Me arrastré de una parte a otra de la roca, desollándome las rodillas y las manos contra la aspereza de las afiladas crestas de los peñascos; pero no lograba descubrir ni la más mínima señal de vegetación: nada, absolutamente nada. Me iba debilitando cada vez más. A veces me desvanecía. Deliraba con frecuencia de pura debilidad, pues hacía siete días que no había probado nada de comer. Por fin, me eché sobre la roca, apoyando la cabeza en aquel suelo duro y abrasado por el fuego tropical.

Un poco repuesto, extendí mi mirada sobre el mar y vi, sin poder distinguir con toda claridad, un bulto confuso que las olas empujaban y conducían hacia mi islote. Bajé rápidamente, si bien me costaba no poco moverme, llegué a flor de agua y advertí que se trataba del cuerpo de un náufrago. Horriblemente hinchado y con un hedor insoportable, aquello podía ser alimento de peces y gusanos, no de hombres. Pero entonces comprendí yo el sentido y la verdad de aquel proverbio: El hambre es una espada tajante. El instinto de conservación impuso silencio a todas las repugnancias de la naturaleza. Saqué del agua el cadáver con intención de convertirlo en comida de mi estómago. Pero primero me puse a registrar los bolsillos del náufrago, encontrando en ellos un cuchillo, una petaca de metal blanco y un salterio en inglés. Una vez despojado de sus vestiduras, que caían a pedazos, lo agarré de la cabellera para cortarle la cabeza, porque me parecía que no podría comer semejante carne viendo aquel rostro tan horriblemente deformado, aunque me muriese de hambre.

Pero de repente me detuve: presentóseme instantánea, como un relámpago, la idea de que pudiera ser pecado comer carne humana. En esta duda angustiada, levanté tristemente los ojos, y he aquí que otro bulto, de tamaño bastante mayor, se acercaba rápidamente hacia mí arrastrado por las olas. Era el cadáver de un pez enorme en estado avanzadísimo de putrefacción, que despedía un hedor pestilencial. Pero el hambre todo lo vence. Corté un buen pedazo de la nuca del monstruo y, tapándome por precaución la nariz con las hojas del salterio del inglés, engullí con gran satisfacción aquella carne hedionda. Otras cinco veces volví a comer durante el día en forma parecida, y bendije a Dios, dándole gracias de todo corazón, por haber remediado mi indigencia en forma tan maravillosa.

Ya un poco fortalecido —continúa fray Pedro—, me puse, antes de que se escondiera el sol, a cortar el pez en lonchas, ya que retirarlo del mar a la roca era imposible, pues tenía unos dieciséis pies de largo y era grueso como una cuba regular. Sorprendido por la noche en esta tarea, até el cadáver del

monstruo a la balsa, que estaba en seco, protegida por la roca, y antes de entregarme al reposo restituí al mar el cadáver del inglés.

Al día siguiente, al reemprender la tarea de cortar el pez, hallé en su cuerpo dos proyectiles, de lo cual deduje que había sido matado por la tripulación de alguna nave. Una vez terminada la obra, llevé todos los pedazos a la plataforma de la roca para que se secaran al sol. Ahora tenía provisiones en abundancia, pues no exagero si digo que en aquel momento quedaban a mi disposición de quinientas a seiscientas libras de pescado.

En cuanto a la petaca de metal del inglés, me prestaba un gran servicio. La utilizaba para beber el agua putrefacta de que he hablado y que, desde luego, para quitar la sed era mejor que la del mar.

Llevaba ya veintiún días sobre mi islote cuando comenzó a llover. Acudí inmediatamente a mi cisterna de agua corrompida y la vacié a toda prisa valiéndome de la petaca del inglés, y la limpié como pude para que se llenara del agua fresca y clara de la lluvia. Después repetí esta operación siempre que llovía, de modo que pude disponer de agua potable, que se renovaba antes de que se corrompiera totalmente.

Poco a poco fui recobrando las fuerzas. Entonces pensé transportar a lo alto de la roca las tablas salvadas del naufragio y utilizarlas para fabricarme una especie de choza. El transporte me costó bastante, pues los maderos tenían hasta seis pies de longitud, con diez o doce pulgadas de espesor. Tres de los maderos los coloqué sobre mi cisterna para que me sirvieran de tarima y de lecho. Los demás maderos y tablas los dispuse frente a frente, apoyándose mutuamente en el extremo superior, de manera que formaran una especie de tienda. Así conseguía protegerme contra los rayos del sol, cosa de tan urgente necesidad dada mi desnudez absoluta y la intensidad de los calores tropicales. Además el agua de la cisterna, no quedando ya sometida a la influencia directa del aire libre y de la elevada temperatura, tardaría más en corromperse.

Hice aún otro descubrimiento. Al bajar la marea quedaban presos en las hendiduras de las rocas cantidad notable de pequeños pececillos, por lo cual me acostumbé a bajar todas las mañanas, al retirarse el agua, a esta especie de pesca, para recoger así el alimento que el buen Dios me enviaba cada día.

ORANDO Y ALABANDO A DIOS

Pasaban los días y fray Pedro seguía en aquella islita desierta y oraba y cantaba a Dios que le seguía dando la vida y la salud en medio de su soledad. Allí tenía todo el tiempo disponible para orar y alabar a Dios como buen franciscano y entonaba el himno de la Creación: *Loado seas, mi Señor, por el hermano viento, por el aire, por el mar, por las rocas, por el desierto y por la inmensidad del mar.* Y por las noches, mirando las estrellas, decía: *Loado seas, mi Señor, por la noche y las estrellas, por el inmenso cielo azul y por todos los animales que creaste y que viven en la tierra, en el cielo y en el mar.* Podemos pensar en cuántas bendiciones recibiría en aquella soledad sin caminos y cómo alababa a Dios desde el fondo de su corazón. Seguramente pensaría en su familia, en sus hermanos franciscanos a lo largo del mundo, en tantos convertidos a Dios por su medio, especialmente en Agadés, en los negros de la caravana, en los esclavos de las mazmorras, en sus compañeros de infortunio y en todos los difuntos que había dejado a lo largo de su vida y por ellos pediría bendiciones al Señor.

En la rústica cabaña que había construido se pasaba las horas de viento recio y de tormenta. Desde ella miraba la fuerza imponente del mar y pensaría en el poder infinito de Dios y se sentiría como un pobre hijo de san Francisco, que solo servía para amar y alabar a su Dios y encomendarle a todos los hombres. Su vida, incluso en aquella soledad, también valía mucho. Su existencia no era inútil, porque su oración llegaba todos los días hasta los pies del omnipotente. Allí, sin haberlo deseado estaba abriendo surcos indelebles en las entrañas de la historia, que no los borrarán ni los vientos ni las lluvias, ni la tierra ni el mar. Allí, silenciosamente, estaba realizando una labor que transcendía los espacios y los tiempos, porque estaba tejiendo con su dolor y su oración una historia de amor que llegaría a bendecir a los hombres hasta los confines de la tierra.

Cierto, su vida no estaba vacía, valía la pena vivir, aunque fuera en una isla solitaria y desierta, valía la pena vivir para siempre en el Corazón de Dios, valía la pena haber nacido y vivido para amar y servir a tantos hermanos que encontró en su camino.

Pero sigamos la narración. Estamos ya en abril de 1689. Hace 145 días que el naufrago está en su islote solitario. Hace de cada día una continua oración. Se siente contento con su suerte y a la vez no se siente solo, porque sabe que está rodeado de ángeles, a quienes invoca con fe para que le ayuden en sus labores diarias y le acompañen en su oración. Su ángel custodio está presente con él, aunque invisible, pero sabe con toda seguridad que no está solo y con él conversa y canta y ora y trabaja, aunque no lo vea, pero su cierta compañía y su ayuda invisible le dan aliento para seguir adelante en su lucha diaria por sobrevivir y

sobre todo, para estar contento y alegre sin tener el mínimo punto de tristeza, sino más bien de inmensa alegría. Él podía decir como san Bernardo: *Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo*. Porque se sentía acompañado de su ángel y de muchos ángeles, que lo rodeaban y le hacían compañía.

Un día ve pasar una nave relativamente cerca, y grita y se mueve, pensando en que lo vean y lo rescaten, pero todo fue inútil. La nave siguió adelante sin la menor señal de haberlo visto. Otro día vio otra nave, parecía holandesa. Había sido cogida por un viento nordeste. El capitán, examinando el islote con su anteojo, descubrió un hombre desnudo que corría por la playa, haciendo señas. Pero la roca donde estaba fray Pedro estaba rodeada de escollos que la hacían inaccesible y peor si el mar estaba alborotado. De nuevo el barco se alejó.

EL BARCO CORSARIO

Transcurrieron otros seis meses en la soledad, viviendo con Dios y los santos y ángeles sin miedo al porvenir, porque se sentía en las manos de Dios y su existencia estaba llena todo el día de oraciones y alabanzas al Creador. Hasta que un día, a fines de noviembre de 1689, cuando hacía 13 meses que había llegado al islote, vio sobre el horizonte un barco de vela. El mar estaba en calma. Era un bergantín y pasó muy cerca y los tripulantes pudieron oír sus gritos de ayuda y llegaron hacia él con un bote. Él hablaba en flamenco y en flamenco le respondieron. Eran corsarios descendientes de los moriscos expulsados de España y Portugal, pero su tripulación estaba integrada por aventureros de distintos países. El que le dirigió la palabra era un flamenco, pero por su turbante reconoció que era un renegado. Por eso, solo le dijo que era un pobre náufrago de los Países bajos. El capitán del bergantín le sometió a un interrogatorio para saber algo de su vida. Y le dijo que debía pagar el pasaje. Como no tenía nada, le pidió que le garantizara que al llegar a Salé le pagaría 300 abokelpes. Él respondió que no le podía garantizar nada. Entonces el capitán dijo a sus marineros que lo restituyeran al islote. Fray Pedro se sintió mal, porque era quitarle la esperanza, cuando veía tan cerca la liberación. Él mismo nos dice:

Redoblé mis súplicas con los ojos arrasados en lágrimas; le pedí me llevara siquiera hasta el primer punto de tierra, pues bien sabía yo que teníamos que pasar junto a Santa Elena y otras islas; le propuse que, si no quería acercarse a la costa, me echara al mar a una milla de distancia y que arribaría nadando, pues me era conocido que estos corsarios de ningún modo suelen entrar en los puertos controlados por españoles o portugueses... Pero el capitán estaba inflexible. ¡Era un pirata y un pirata mahometano!

El fraile tuvo que bajar otra vez al bote, triste y mudo, para volverse a su roca y terminar allí sus días. Pero apenas comenzaron a remar los del bote, el capitán volvió a llamarlos:

—¿Conocéis algún oficio?—, preguntó a fray Pedro.

—En otros tiempos me dediqué a la carpintería.

—Pues bien, si os comprometéis a pagarme durante tres años diez sueldos cada día, alimentándoos a vuestra costa, os tomaré en mi nave y os conduciré a Salé.

Yo acepté la propuesta —dice Fray Pedro— confiando en Dios, que siempre me había protegido en los casos más graves, aun cuando la situación parecía desesperada. También ahora podía esperar que la divina bondad lo haría de manera que pudiese yo cumplir mis compromisos.

Cerrado el contrato, fray Pedro recibió vestimenta de marino y encontró muy pronto modo de prestar algunos servicios.

El corsario llegó al puerto de Salé en Marruecos, el 20 de diciembre de 1689 después de 30 días de navegación desde el islote solitario. Pedro se ganó las simpatías del capitán que le permitió estar ocho días de reposo y él escribió a su hermano a Gante, explicándole sus aventuras y su situación actual. La carta no llegó a su destino, pero su hermano tuvo noticias de él por medio de Van Rampel, un calvinista a quien fray Pedro había convertido, que le contó a su hermano lo que sabía y cómo creía que ahora se encontraba en Marruecos por los datos que había recibido de algunos antiguos compañeros de Pedro.

Mientras tanto, fray Pedro, se puso a trabajar en los astilleros de Salé. Fue el capitán corsario, cuyas simpatías se había conquistado, quien le encomendó los primeros trabajos, encargándole la reparación de la armadura interna de una nave. El buen franciscano ganaba veintiocho bakras al día, es decir, dieciocho sueldos de moneda flamenca. Pagados los diez sueldos convenidos, le quedaban ocho para sus necesidades particulares.

—Para mí es más que suficiente —decía fray Pedro—, pues me bastan cuatro sueldos al día, ya que, gracias a Dios, los víveres aquí cuestan muy poco.

Mis queridos hermanos —escribe en una de sus cartas—, más fácil os será a vosotros imaginaros que a mí describir cuál fuera mi estado de ánimo en tantas aventuras y peligros. Podéis suponer con qué lágrimas y suspiros he acudido a la divina misericordia. Y puedo aseguraros que ni en el desierto, ni en medio del Océano, sobre aquella roca estéril en que habité durante trece meses, he invocado nunca en vano al Padre de toda consolación, el cual siempre ha

acudido a mi remedio milagrosamente y me ha conservado todavía la vida para que pueda darle gracias por todos sus beneficios.

LIBERADO

El 9 de abril de 1690 fue para fray Pedro un día grande, día de gratos recuerdos. Dos naves holandesas atracaron en el puerto de Salé. Enterado fray Pedro, salióles al encuentro a sus paisanos para saludarles y preguntarles noticias de su tierra.

—Aquí tenéis una carta de vuestro hermano de Gante, con una cédula bancaria a vuestro nombre.

Así le habló Van den Berghe, capitán de segunda de una de las naves.

— ¡Bendito sea Dios! ¡Gracias a su divina bondad!

Fray Pedro estaba fuera de sí de gozo y de sorpresa. Leía y releía la carta del hermano, sin comprender cómo habría podido enterarse de su paradero en Salé, ya que no habían recibido en los Países Bajos la carta que escribió a su llegada a Marruecos. Su gratitud a la divina Providencia y a la inagotable caridad de sus hermanos, a quienes nada había vuelto a pedir, no tenían límites. «Estoy confundido —les escribió— a la vista de tan grandes beneficios, sin mérito por mi parte, y me conmueve profundamente, queridos hermanos, el profundo cariño que continuáis manifestándome.

Fue entonces cuando escribió a sus hermanos aquella larguísima epístola donde cuenta sus aventuras desde Agadés hasta Marruecos.

Él estaba dotado de un carácter tan simpáticamente abierto y tan francamente apostólico, que en todas partes encontraba amigos. En Marruecos comenzaron a frecuentar mucho su trato los muchos europeos que estaban ocupados en el puerto y en los astilleros. Admiraban su santidad, su inalterable buen humor y perfecta alegría, su caridad exquisita y su afición al trabajo. Gozaban con aquel temperamento tan jovial, de maneras tan finas y corteses, tan sin asperezas. Aun para los mismos enemigos de la Religión, la piedad cristiana revestía en él formas amables y atractivas. Era naturalmente apóstol.

Uno de sus primeros amigos fue un rico comerciante de Hamburgo, establecido en Marruecos de tiempos atrás. Abrahán von Altona —que así se llamaba el rico hamburgués— tanto se aficionó al fraile, que lo invitaba con frecuencia a su mesa. A la amistad e influencias de von Altona debió el buen religioso la libertad, a cambio tan sólo de 350 florines.

Fray Pedro hubiera querido marcharse inmediatamente a su tierra pero su amigo hamburgués le aconsejó prudentemente que esperara la llegada de alguna nave hanseática, ya que sólo las ciudades de la Liga Hanseática estaban en paz con todo el mundo y sus barcos podían navegar con seguridad por todos los mares, mientras que hubiera sido peligroso embarcar bajo el pabellón de cualquier otra nación. Von Altona prometióle, además, su indumentaria europea, puesto que, quedándose en Marruecos, él no la necesitaba.

El buen religioso tuvo que continuar bastante tiempo en Marruecos, esperando día tras día, semana tras semana, el suspirado arribo de alguna nave hanseática. Trabajaba en los astilleros para tener con qué pagar el pasaje. Pero, por lo demás, libre como estaba y rodeado de buenas amistades, su situación no era tan mala. ¡Hasta podía predicar y ejercitar otra vez su celo apostólico, principalmente, con los esclavos de los astilleros!

Y se acordaba de sus hermanos los franciscanos de la Seráfica Provincia de San José; y, al escribir a Gante, rogábale a su hermano que los saludara de su parte y que les pidiera los nombres de los religiosos muertos desde su partida, para aplicarles los sufragios prescritos por la Regla y las Constituciones. De ningún detalle se olvidaba aquel apóstol.

EN SU PATRIA

Por fin, un día, a primeros de octubre, pudo abandonar ya definitivamente las costas africanas.

La travesía fue difícil. Tempestades y vientos contrarios obligaron a la nave a perder semanas enteras en el Atlántico antes de cruzar el Canal de la Mancha y entrar en el mar del Norte. Entre Dunkerque y Calais hubo momentos de gran peligro, pero esta vez fray Pedro fue preservado de un nuevo naufragio. El incansable apóstol aprovechó bien el tiempo durante la penosa travesía y consiguió convertir también ahora un buen número de luteranos, tanto de la tripulación como de los pasajeros.

El barco que lo llevaba a su patria no pudo atracar en Hamburgo y a 20 millas debió Pedro bajar del barco y hacer por tierra el resto del viaje a Gante. Después de estar un tiempo en Gante fue destinado por su Superiores a Aquisgrán y en esta ciudad le sorprendió una fiebre maligna que lo llevó a la tumba el 16 de junio de 1691 a los 41 años de edad, después de haber recorrido durante los últimos cuatro años y medio las más inverosímiles aventuras, ¡haciendo en todas partes apostolado de conversión de muchos a la fe católica. Sus restos descansan en el convento de San Francisco de Aquisgrán.

Fray Pedro fue lego, no sacerdote, franciscano que sin grandes estudios entendía y hablaba ocho lenguas. Era un hombre muy simpático y sobre todo un apóstol, pues en todos los lugares donde se encontraba sentía el fuego del amor dentro de su corazón para convertir a todos a la verdadera fe de Cristo. Convirtió blancos y negros, luteranos, calvinistas, judíos, paganos y musulmanes.

Nota.- Los datos de estas páginas han sido tomados fundamentalmente de la revista *Misiones franciscanas*, Aránzazu-Oñate (Guipúzcoa), Agosto-septiembre 1944, año 28, número 296.

SAN FRANCISCO SOLANO (1610)

San Francisco Solano es uno de los santos más atrayentes de la hagiografía católica. Es un santo que siempre estaba alegre. Muchas veces se extasiaba en su oración ante Jesús sacramentado o cuando estaba en su celda.

Y la alegría que sentía en su interior la manifestaba tocando un rabel, que la tradición posterior convirtió en un violín, con el que se le suele representar. Con ese rabelito o arco de madera, con una o dos cuerdas de metal, tocando, cantando y bailando, manifestaba su alegría interior, alabando a Dios. Sus palabras más frecuentes, cuando saludaba o se despedía, eran: Glorificado sea Dios o Alabado sea Dios.

Nuestro santo fue un verdadero apóstol en las provincias de Tucumán (Argentina) y de Paraguay, pero especialmente en el Perú. Los muchos milagros que Dios hacía por su intercesión demostraban su grado de unión y de amor a Dios. Él era un milagro viviente, pues apenas comía. Murió el 14 de julio de 1610 en Lima.

EL VIAJE A AMÉRICA

La flota en que salió el padre Solano, el cual con sus compañeros iba destinado a la provincia de Tucumán y Paraguay ¹. La flota salió de la bahía de Cádiz el 13 de marzo de 1589. El hermano fray Antonio Pérez certificó que, durante el viaje, al padre Solano *lo vio muy recogido y ocupado en cosas de gran virtud y santidad, aconsejando a los que venían en su compañía para que sirviesen y amasen a Dios. Y con muy gran modestia y humildad reprendía a los*

¹ Regiones de la actual Argentina y Paraguay.

*que juraban (blasfemaban) y a los que hacían otras ofensas en deservicio de Dios Nuestro Señor*².

Tuvieron buen tiempo y llegaron sin novedad a Cartagena el 7 de mayo de 1589. Allí estuvieron algunos días para cuidar a los enfermos y *descalabrados* del viaje. Aprovechó el tiempo para ir a visitar hospitales y predicar en algunas iglesias. Y cuando ya estuvieron todos curados, partieron el 16 de junio, hacia el puerto de *Nombre de Dios* y de allí a Panamá.

En el convento de Panamá su celda fue un rinconcito del coro donde puso un serón de esparto y un palo por cabecera, sin querer otra celda mejor; y allí pasaba en oración gran parte del día y de la noche. De Panamá se embarcaron unas 250 personas el 28 de octubre de ese año 1589 en la nave del piloto Juan de Morgana, rumbo al Perú.

EL NAUFRAGIO

Hacia el octavo día de navegación el navío fue acometido por fuertes vientos y grandes olas que amenazaron hundir la nave que se iba despedazando. En esos momentos de peligro el padre Solano animó a todos a confesarse y a tener confianza en la misericordia de Dios. Durante la noche los gritos de desesperación entre la gente se hicieron repetidos, porque la nave estaba haciendo agua por diferentes partes. Por fin la nave encalló en unos bajíos a unas dos leguas de la costa. Inmediatamente empezaron a aligerar la nave arrojando al agua todas las cajas y toneles, llenos de diferentes mercancías, sin respetar su valor y sólo pensando en salvar sus vidas.

Al amanecer, viendo que el navío estaba perdido, echaron al agua la barca con algunos marineros, mujeres, soldados y franciscanos. En total 40 personas. El padre Solano se quedó con el padre Francisco de Leiva y fray Cepeda. Apenas la barca se había alejado de la nave, ésta se partió en dos; la parte de proa se hundió inmediatamente y la gente que allí estaba se ahogó, incluido fray Cepeda. La parte de popa quedó medio flotando. Dentro del castillete se refugiaron varios españoles, hombres y mujeres, para guarecerse de la lluvia continua. El padre Solano quedó encima del camarote, echado de bruces, soportando los embates del agua del mar y de la lluvia; y con una cruz en la mano pedía a Nuestro Señor que los salvara.

² Plandolit Luis Julián, *El apóstol de América, San Francisco Solano*, Ed. Cisneros, Madrid, 1963, p. 128.

A los lados del camarote había más de ochenta negros y negras colgados. Durante los tres días que estuvieron así, el padre Solano los animaba y los encomendaba a Dios. Según el testimonio de Catalina Gómez: *Habiendo confesado a los españoles, se llegó a los esclavos y los catequizó, preguntándoles si querían ir al cielo y salvarse. Los cuales, con grande alarido, le dijeron que los cristianase. Y así lo hizo*³.

Los que iban en la barca pudieron salvarse a nado, pues al acercarse a tierra, la barca quedó enterrada en un banco de arena. Por otra parte creyeron que, al haberse partido el barco en dos, todos habían perecido y no pensaron en regresar a auxiliarlos⁴. Esa misma noche, al apaciguarse el temporal, los de la nave lograron hacer fuego dando señales; encendieron un faro⁵ con candelas de cera que un golpe de mar había arrojado milagrosamente dentro de la nave y, al ver la luz, los de tierra decidieron liberar la barca encallada en la arena e ir en su ayuda. Cuando llegó la barca, ya llevaban tres días sin comer, ni beber, ni dormir. Y, antes de verla venir, ya el padre Solano les había anunciado la buena nueva de que llegaba el socorro. Les dijo: *Hermanos míos, dad muchas gracias a Dios, porque ya se ha cumplido su divina voluntad y ya viene el remedio y será en breve. Y a poco rato se asomaron todos a ver si venía el batel por ellos y le vieron venir*⁶.

Tuvieron que hacer varios viajes para sacarlos a todos. El padre Solano fue en el último. Para entrar en la barca, un poco separada del navío, hubo de tirarse al agua y nadar un trecho. Para hacerlo libremente se había quitado el hábito, lo había amarrado con una cuerda y lo había echado a la barca, diciendo: *Reciban por caridad nuestro hábito*. Pero, errando el golpe, el hábito cayó al mar y no pudo recuperarse.

Cuando la barca se alejaba del barco, vieron todos, estupefactos, que lo que quedaba del barco se hundía irremisiblemente. Un poco más y todos se hubieran ahogado, pero en ello vieron la misericordia de Dios que los había socorrido milagrosamente por medio del padre Solano.

³ ASV N° 1.328, fol 739.

⁴ Los que tocaron felizmente la isla estuvieron con plena resolución de no volver, por haberse visto casi ahogados al salir a tierra por la mucha agua que el batel hacía y que no le podían enderezar para volver seguros; entendiendo por otra parte que todos los del navío habían perecido, porque sólo se descubría sobre el agua la toldilla del piloto, que es la parte más alta de la popa (Ib. fol 1.293-1.294).

⁵ Ferrer de Ayala declaró: Encendieron un farol con candelas de cera que un golpe de mar les arrojó dentro de la nao sin pensar, y decidieron los de tierra ir a ellos. Y todos lo tuvieron por caso milagroso por las oraciones del padre Solano, porque sin duda, a no hacerse este farol o no haber tenido con qué, todos ellos perecerían (Ib. fol 1.294).

⁶ ASV N° 1.328, fol 739.

Cuando llegaron a tierra, el padre Solano se echó a descansar en la arena de la playa, pero de pronto se levantó con una gran sonrisa y comenzó a caminar playa adentro. Al cabo de media hora, regresó vestido con su hábito todo seco, lo que les causó a todos gran estupor. Tanto más que los demás religiosos perdieron también sus hábitos y no pudieron recuperarlos.

En tierra el padre Solano se constituyó en padre de todos y procuró buscarles alimento, puesto que no tenían nada de comer. Encontraron una culebra, recién muerta, y se la repartió. Otros buscaron yerbas para comer. Algunos comieron una frutilla que encontraron y los que la comieron murieron a las 24 horas. Así, teniendo miedo de comer yerbas, por no saber si eran venenosas, se las llevaban al padre Solano, quien decía: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo te hago pan*. Y así pudieron sobrevivir, repartiéndoles a cada uno su ración.

Algunos encontraron a dos días de camino unos bohíos que estaban sin gente y que los indios utilizaban para sacar sal del mar en alguna época del año. Allí se establecieron para tener un refugio seguro. Aderezaron una de las chozas como capilla y todos los días se reunían en ella para escuchar la misa seca (sin pan ni vino), que un padre celebraba, y cantar la Salve.

A los cuatro días de estar en tierra se aventuraron en la barca algunos marineros y soldados con el piloto de la nave y el padre Navarro, que era un experimentado marino. Iban a Panamá, a 80 leguas, a buscar auxilio. Por su parte el padre Solano les predicaba todos los días. En ocasiones, se alejaba dos o tres días a orar y hacer penitencia. Y solía traer en las mangas del hábito algunos caracoles, cangrejos, pescados o hierbas para repartirlas entre todos ⁷.

Los testigos del Proceso de canonización dan detalles enternecedores: *El bendito padre traía cangrejos y pescados y yerbas con que se sustentaban todos y siempre con una boca de risa, halagándolos y consolándolos... A veces, llegaba trayéndoles en la manga de su hábito algunos caracoles* ⁸. A él le daban algunas yerbas cocidas, que agradecía mucho ⁹.

Luis Ferrer de Ayala afirmó que *estaba su padre enfermo y falto de algún manjar más regalado que las yerbas y mariscos, e hizo un anzuelo de un mondadientes de oro y le puso un corcho y plomada y, habiéndole tejido su*

⁷ Los datos de este capítulo están tomados del ASV N° 1.328. Entre los testigos de vista que declararon sobre estos sucesos del naufragio, están el padre Cristóbal Paniagua (ASV N° 1.328, fol 111); Isabel Arias (ib. fol 296-300); Hernando de Yebia (ib. fol 300-303); Juan de Nájera (ib. fol 449-455); padre Francisco de Leiva (ib. fol 736-737) y el padre Luis Ferrer de Ayala (ib. fol 1.286 y ss.).

⁸ Testimonio de Isabel Arias, ASV N° 1.328, fol 298.

⁹ Ib. fol 740.

madre un sedal, le puso en una vara larga, pero no consiguió nada. Lo cual, visto por el bendito padre y lastimándose de la congoja de este testigo y la necesidad de su padre, le dijo: “Véngase conmigo, que yo le llevaré donde hay peces”.

Y le llevó por la playa adelante a un arroyuelo con muy poca agua y no buena. Hincado de rodillas y levantando con la mano izquierda la manga del brazo derecho, entraba en el agua y en la mano sacó algunos peces que dio a este testigo, y él a su madre, y ella los aderezó para su padre enfermo, quien los comió con mucho gusto y agradecimiento y con notable espanto del suceso, que todos tres (padres e hijo) juzgaron y tuvieron por milagroso ¹⁰.

Durante los 62 días que estuvieron los naufragos en la isla, muchos salieron a buscar mariscos o peces y no traían nada. Fray Juan Yáñez asegura que oyó contar a las señoras que compartieron con él las apreturas del naufragio que, estando el padre en su choza, veían con sus ojos salir cantidad de cangrejos e írsele derechos a la choza hasta metérsele en las mangas; y les hablaba como a criaturas de Dios, diciendo: “Venid, hijos míos, para que coman estos pobres que mueren de hambre”. Y luego salía y los repartía por su mano a los necesitados, especialmente a las mujeres ¹¹.

Otro día se suscitó un grave problema. El mar devolvió algunas prendas del naufragio y varios pretendieron que eran suyas. Se armó una fuerte discusión entre el capitán Francisco de Spínola y Hernando de Yebia y se formaron dos bandos, dispuestos a pelear hasta la muerte. Lo curioso era que *todos los días por la tarde acudían cerca de la noche casi todos los que en tierra se hallaban a la Salve, que se decía a aquella hora. Entre los demás, las dos personas cabeza de bandos; y se hincaban de rodillas muy distantes el uno del otro... Y una tarde, dejando él de ir a la Salve y aguardando al tiempo en que se acababa de decir, entró el padre Solano de repente por medio de todos, desnudo de la cintura para arriba y con la cruz en una mano y la disciplina en la otra, dándose con ella tantos y tan recios golpes en las espaldas desnudas que le saltaba la sangre de ellas, y le corrían copiosas lágrimas de los ojos, y a voces decía: “Perdónalos, Señor mío, y no permitas que el resto de vuestro rebaño, que está sin culpa, padezca y sea castigado por la de dos personas que viven en desgracia vuestra y fuera de caridad. Dásela, Señor, para que os amen y se amen entre sí” ¹².*

Y los contrincantes se conmovieron y partieron a una de los lugares de donde estaban y, puestos de rodillas en presencia del siervo de Dios, le pidieron

¹⁰ ASV N° 1.328, fol 1.291-1292.

¹¹ ASV N° 1.328, fol 1.260.

¹² Testimonio de Ferrer de Ayala, ASV N° 1.328, fol 1.293.

perdón y que cesase aquel rigor ¹³. *Y prometieron ser amigos y se abrazaron con grande amor* ¹⁴. Y, según recordaba Isabel Arias, veinte años después en el Proceso: *Ambos fueron muy amigos hasta que murieron* ¹⁵.

El día de Nochebuena de aquel año 1589 estaban todos tristes, porque estaban perdiendo las esperanzas de ser rescatados. El padre Solano llevaba tres días alejado de todos y, de pronto, *apareció cantando unas coplas al niño recién nacido, pidiendo a todos que le diesen albricias con mucha alegría, porque ya venía el socorro* ¹⁶. Así todos quedaron muy consolados y animados y con grandes esperanzas de que por medio de aquel santo padre les había de venir el remedio, y aquella pascua (de Navidad) estuvo con ellos haciéndoles algunas pláticas de cosas de Dios Nuestro Señor ¹⁷.

Y al cabo de dos días de que dijo esas palabras, vieron un navío que venía de Panamá a socorrerlos, trayendo mantenimientos, lo cual entendió este testigo (padre fray Cristóbal Paniagua) que fue revelación que tuvo del cielo el padre Solano y así lo entendieron todos los demás. Y pasados otros dos días vieron en altamar un bulto que les pareció navío y, por si lo era o no, juntaron mucha leña e hicieron gran candelada para que fuese visto del navío; el cual otro día llegó a tierra y se embarcaron ¹⁸.

Habían estado en tierra 62 ó 63 días y habían muerto en total, en el naufragio y en tierra, 130 personas, entre ellos el franciscano fray Cepeda.

ALGUNOS MILAGROS

De su estadía en Salta declara el padre Bartolomé Muñoz: *Siendo el siervo de Dios custodio de la provincia de Tucumán, en cierta fiesta que se hizo a Nuestra Señora, yendo en la procesión, se encendió tanto en el divino amor de Dios y de su Santísima Madre que, dejando aparte toda la autoridad de Prelado y custodio que era, se puso a cantar diciendo coplas en alabanza de Nuestra Señora, en la misma forma que David, el santo rey, lo hacía delante del Arca* ¹⁹.

El padre Manuel Núñez Magro de Almeyda declaró: *El Jueves Santo de dicho año de 1593 se hallaron en la ciudad de La Rioja 45 caciques infieles con*

¹³ *Ibídem.*

¹⁴ *Ib.* fol 740.

¹⁵ *Ib.* fol 299.

¹⁶ *Ib.* fol 115.

¹⁷ Isabel Arias, *Ib.* fol 299.

¹⁸ Proceso de Lima, pp. 74-77.

¹⁹ Plandolit Luis Julián, *El apóstol de América, San Francisco Solano, o.c.*, p. 171.

su gente. Y el capitán teniente Pedro Sotelo y este testigo estaban atemorizados con miedo de verse cercados de tanta gente. El dicho capitán mandó a los vecinos que se armasen “todos a caballo para en la pampa para defenderse”, si alguna cosa sucediese.

Y el dicho padre fray Francisco Solano hizo a los dichos indios un sermón, y este testigo no sabe en qué lengua era, porque todos le entendían, así los españoles como indios, “que estaban allí de tres o cuatro lenguas”, con tanto fervor y espíritu que los indios se le fueron a este testigo a postrar de rodillas, pidiéndole con muchas lágrimas el santo bautismo.

Y este testigo fue al dicho padre fray Francisco Solano y le preguntó qué haría en aquel conflicto. Y su paternidad abrazó a los indios, dándoles el beso de la paz. Y le dijo a este testigo: “Vaya vuesa merced, no tema; hagamos la procesión”.

Y viendo los indios azotarse a los españoles, espantados, dijeron qué invención era aquella. El padre fray Francisco Solano, viendo la ocasión, les comenzó a decir a los indios, con fervor del Espíritu Santo, que tal noche como aquella de Jueves Santo habían azotado y muerto a Nuestro Señor por nuestros pecados.

Y el sermón “que hizo fue un poco largo”. Y, acabado, los indios rompieron el silencio que tenían en oírlo. Y con muchas lágrimas se desnudaron las camisetas. Y unos con guascas, y otros con lo que hallaron, se iban azotando todos. “Que fue la mayor devoción para este testigo, y otros fríos de corazón, que en vida había visto”.

Y el dicho padre fray Francisco Solano andaba con tanta alegría y devoción como sargento del cielo entre los indios, “quitándoles los azotes, y diciéndoles mil cosas, toda la noche sin descansar”, predicándoles y enseñándoles.

Detúvoles en aquella ciudad hasta que todos estuvieron aptos para ser cristianos, que fueron en número de nueve mil indios²⁰.

Certificó Vildosola que, acompañando al padre Solano en una correría desde San Miguel de Tucumán a Santiago del Estero, no podían vadear un río muy hondo. A la otra orilla había 40 carretas detenidas, esperando a que mermase la corriente. El padre le dijo a su acompañante, *que no tuviese pena que*

²⁰ Archivo Secreto del Vaticano N° 1.328, fol 472-475. El testimonio de Miguel de Luna está en el ASV N° 1.336, fol 190.

Dios lo remediaría y les daría de comer. Y luego, con una red que tenía y traía de ordinario consigo, y otras veces con un anzuelo, fue al río y pescó un pez gordo. Luego quiso echarla de anfitrión y dijo que él les había de dar de cenar y no había de llegar otro al fuego sino él. Y levantándose los hábitos de los brazos, les hizo de cenar y les dio a todos muy atentamente; y él se retiró debajo de una carreta, sacó una mazorca de maíz y esto sólo fue su alimento ²¹.

Después les dijo: *No tengan miedo que mañana a las nueve pasarán el río tan claro como un espejo. Y así al día siguiente a las nueve, que fue la hora en que el siervo de Dios había dicho, pasaron el río sin ninguna dificultad. El río estaba tan claro y tan bajo que no llegaba a los estribos de las cabalgaduras..., y después de haber pasado el río los unos de esta parte y los otros de la otra, estando el río muy bajo, claro y manso, como tiene dicho, luego al instante volvió a estar muy caudaloso y sin poderse navegar ni vadear como antes, sin haber llovido por entonces para que no se atribuyese su creciente al agua llovida* ²².

Siguieron adelante en el camino y, en un paraje llamado *El Hospital*, llovió tanto que Vildosola quedó hecho una lástima, mientras que con asombro vio que el padre estaba tan fresco como si nada, y le dijo: *Padre mío, ¿cómo yo vengo mojado y vuesa paternidad lo trae seco? Y respondió: “Provéalo Dios”* ²³.

Cuenta el padre Juan de Castilla que, estando el padre Solano en la provincia de La Rioja (Argentina), *se había secado un río que allí había, cosa que dicen los naturales que solía hacer de mucho a mucho tiempo, y que salieron algunos y particularmente la justicia a ver si hallaban agua. Y el padre fue con ellos y les iba consolando y animando diciendo que tuviesen confianza en Dios que no les faltaría agua. Y todos iban casi desconfiados; porque, no hallando agua, habían de despoblar la ciudad. Y llegaron a un paraje quebrado y allí el padre Solano empezó con un palo a herir la tierra y a decir: “Ya viene agua, que Dios nos la envía”. Y con esto empezó a salir agua de manera que tiene tanta como dos cuerpos de bueyes, que era la que solía tener antes de venir. Y, desde entonces acá, nunca les ha faltado y todos lo tuvieron y tienen hoy en día por milagro que Dios había hecho por medio del padre y así es público en toda la provincia de La Rioja* ²⁴.

²¹ ASV N° 1.328, fol 1.078-1.079.

²² Ib. fol 1.783-1.784.

²³ Ib. fol 1.079.

²⁴ Proceso de Lima, p. 81.

Fray Bartolomé de Solís certificó: *Todavía se conserva la fuente que milagrosamente salió agua en aquella ocasión y llaman hasta hoy la fuente del padre Solano* ²⁵.

Andrés García de Valdés declaró bajo juramento que, *cabalgando él, y, yendo el padre Solano a pie como acostumbraba, vio que salía un toro cimarrón de la montaña y arremetía contra ellos. Andrés García huyó con su caballo y, al volver sus ojos atrás, vio al toro lamiendo las manos del siervo de Dios que se las tenía puestas en la frente y en el rostro... y el toro estaba manso como un cordero y el padre le había dado a besar la manga de su hábito y, echándole la bendición al toro como si fuera de razón, con mucha mansedumbre se volvió al monte de donde había salido* ²⁶.

El padre Gerónimo Alonso declaró que (estando en Trujillo) *todas las noches este testigo andaba con cuidado para ver en qué paso andaba el padre Solano y halló que las más de ellas lo encontraba en la iglesia del convento; y preguntando el padre quién era, le respondía: "Un hijo de vuestra reverencia". Y le decía que fuese a recogerse, porque él iba a dar música a una dama muy hermosa que le estaba aguardando. Llevaba un arco con una cuerda, que era de alambre, lo cual vio este testigo, que se ponía detrás de la puerta de la sacristía sin que el padre lo viese, y vio diversas veces que tocaba el arco con un palito en el altar mayor al Santísimo Sacramento, cantando canciones, y luego se iba al altar de la Madre de Dios, de quien era muy devoto, y le daba música con gran regocijo de su alma, cantándole y festejándole, dando vueltas y saltos de contento... Algunas noches, este testigo iba a encender una lamparilla para llevar lumbre al coro y hallaba al dicho padre en oración con tanto fervor y espíritu que no lo sentía por estar como arrobado y suspenso* ²⁷.

En una fiesta de la Asunción de María, entrando en la capilla mayor de la iglesia de los Descalzos, soltó el manto y comenzó a bailar delante de Nuestra Señora. Visto lo cual, fray Juan Navarrete, que de continuo estaba llorando sus pecados y los del mundo entero, pareciéndole que era necesario reprender aquella acción, le comenzó a reprender, diciéndole que aquello no se debía hacer en una Comunidad. A lo cual, el siervo de Dios le dijo tales palabras en alabanza de María que pudo con él, siendo un varón tan triste, y hacerle que cantase y bailase con el siervo de Dios en alabanza de Nuestra Señora, lo cual causó grande admiración en toda la Comunidad ²⁸.

²⁵ ASV N° 1.328, ib. fol 1.373; 1.472; 1.539; 1.553; 1.582.

²⁶ Ib. fol 1.012.

²⁷ Proceso de Lima, p. 158.

²⁸ ASV N° 1.328, fol 1.493-1.506.

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo de la Curia arzobispal de Lima, Legajo sobre el Proceso de San Francisco Solano.
- Archivo Secreto Vaticano, Congregación de Ritos, *Proceso de San Francisco Solano*, Números 1.328-1.340.
- Bruno Cayetano, *Las florecillas de San Francisco Solano*, La Plata, 1976.
- Cabré Francisco, *San Francisco Solano*, Arequipa, 1949.
- Chacón Marcos, *Vida, muerte y milagros de San Francisco Solano*, Puebla de los Ángeles, 1658.
- De Córdova Diego, *Vida, virtudes y milagros del nuevo apóstol del Pirú, el venerable padre fray Francisco Solano*, Lima, 1630; segunda edición Madrid, 1643; tercera edición Madrid, 1676.
- De Oré Luis Gerónimo, *Relación de la vida y milagros de San Francisco Solano*, Ed. Pontificia universidad católica del Perú, Lima, 1998.
- Izaguirre Bernardino, *Historia de San Francisco Solano*, Tournai (Bélgica), 1908.
- Pasarell Elías del Carmen, *Vida admirable de San Francisco Solano*, Lima, 1904.
- Plandolit Luis Julián, *El apóstol de América, San Francisco Solano*, Ed. Cisneros, Madrid, 1963.
- Proceso diocesano de San Francisco Solano (1610-1613), Gráficas Munda, Montilla, 1999, copia de la versión de 1614.
- Rodríguez de Cisneros Juan, *Epitome de la vida, virtudes y milagros del portentoso apóstol del reyno del Perú, San Francisco Solano*, Madrid, 1727.